

el tema de Estados Unidos. No me parece arriesgado afirmar que la Cancillería mexicana actualmente cuenta con un número no despreciable de estos especialistas en distintos niveles.

Rosalva Ruiz Paniagua

Edit Antal, *Crónica de una desintegración*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, 289 pp.

El 19 de agosto de 1991, la parte del mundo conocida como occidental se despertó con la enorme noticia de que en la Unión Soviética se había ejecutado un golpe de Estado en contra del presidente Mijail Gorbachov.

En medio de la confusión pudo saberse que un autonombrado "Comité de Estado de Emergencia", encabezado por el vicepresidente Gennadi Yanayev, asumía las funciones de dirección del Estado soviético, en razón de una supuesta enfermedad de Gorbachov y para salvar la profunda crisis que atravesaba la Unión Soviética.

El golpe finalmente fracasó pero con él se aceleró el proceso de descomposición que venía sufriendo desde tiempo atrás la segunda potencia mundial y que se había hecho evidente sobre todo a raíz de la puesta en marcha de la política de la *perestroika* y el *glasnot*, pensada e impulsada por un grupo de reformadores encabezado por el propio presidente Gorbachov.

En cuestión de unas cuantas semanas la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas agotaba sus posibilidades de existencia. El 8 de diciembre de aquel mismo año, tres de las más importantes repúblicas integrantes de la Unión — Rusia, Ucrania y Bielorrusia — firmaban el Acuerdo de Minsk, al que más tarde se adherieron las otras repúblicas, excepto las Bálticas, para dar lugar a la Comunidad de Estados Independientes y para que la URSS dejara de existir como agente del derecho internacional. Con ello, desaparecía un protagonista principalísimo de la política, la economía y la sociedad internacionales durante casi todo el siglo XX.

Era, en síntesis, el fin de una época: "...históricamente es el derrumbe de un imperio; políticamente es el fin del orden mundial bipolar; ideológicamente es el ocaso del sistema social comunista y, por último, para las masas soviéticas es la desaparición de una utopía".

Con estas últimas palabras, Edit Antal inicia su ensayo titulado *Crónica de una desintegración*, que va más allá de ser una sencilla crónica y en el cual da cuenta pormenorizada del proceso — causas y consecuencias incluidas — que llevó a la desaparición de un Estado que amasó gran poder en una escala planetaria,

compitió duramente con el sistema capitalista como opción de organización de las sociedades humanas y fue, para buena parte de éstas, no sólo para la soviética, una esperanza para la supresión de las desigualdades que permanentemente han dividido a los hombres en clases o grupos sociales.

Aunque la autora reconoce que los problemas de la URSS provenían de tiempo atrás —no hay que olvidar que incluso algunos otros autores sostienen que son congénitos a su nacimiento— el análisis tiene como punto de partida las reformas emprendidas por Mijail Gorbachov para transformar al sistema soviético. La *perestroika* y el *glasnot* quisieron ser los fundamentos de una revolución de las estructuras soviéticas, según Edit Antal “dirigida desde arriba y originada en los cuadros del mundo político” con la plena determinación de llevarla “hasta abajo”.

La revolución falló y dejó sumidas a todas las partes de lo que fue la Unión Soviética en medio de la más profunda inestabilidad, en la que, dice Antal, “hay un poco de todo”: revolución anticomunista y destrucción de las instituciones del Partido Comunista, vacío ideológico, incertidumbre y peligro de explosión social.

Dividido en tres partes, en las cuales estudia respectivamente: a) Los años álgidos de la *perestroika* (1989-1991) y la batalla (y derrota) final de la URSS; b) el problema de las nacionalidades, siempre presente como cuestión a resolver (o reprimir) por los gobernantes soviéticos; y c) las perspectivas de los Estados que surgen por la disolución (¿desilusión?) soviética, *Crónica de una desintegración* nos presenta una de las más puntuales historias de los momentos últimos de la URSS, escrita directamente en español.

Gracias a ella estamos en posibilidades de saber, por ejemplo, que prácticamente desde el principio la política de la *perestroika* estaba condenada al fracaso —a pesar de sus éxitos iniciales—, de acuerdo con los argumentos de la autora, en la medida de que fue incapaz de profundizar en las reformas y de obtener resultados concretos “que se reflejaran con el nivel de vida” de la sociedad soviética. Nos enteramos también de la transformación de Gorbachov, que pasó de ser un líder popular a un líder populista cuyo manejo de algunos recursos ideológicos, como “la defensa de la patria y el estatismo milenarismo de Rusia” dejó de entusiasmar a aquella sociedad.

Resulta necesario destacar, como de varias maneras lo hace la autora, que la *perestroika* falló no sólo a causa de Gorbachov. Afirmar esto sería caer en el más simple reduccionismo. Antal sostiene que fueron varios los factores que provocaron la caída del sistema socialista soviético: “La naturaleza irremediamente imperial del centralismo de Moscú”, la resistencia de la burocracia a remediar de raíz los problemas económicos, y sobre todo, la efervescencia nacionalista desatada por la propia *perestroika*.

En todo caso, los esfuerzos de Gorbachov por reformar al Estado Soviético acabaron en su desmantelamiento y en un curioso regreso de la historia “...que

se plasma en el retorno de los viejos nombres de las ciudades, las calles, las plazas: así, por ejemplo, Leningrado es San Petesburgo, Kaliningrado es Tver, Sverdlovsk es Yekaterinburgo, Moldavia es Moldova, etcétera”.

La parte correspondiente al desafío de las nacionalidades se revela como una rigurosa ubicación de los pueblos de la URSS, lo que de alguna manera es una nueva imagen de fronteras que la geopolítica tarde o temprano va a enfrentar, como lo hace actualmente con los afanes independentistas de los chechenos, por sólo citar el conflicto nacional de Rusia más publicitado. Para darnos una idea aproximada del potencial conflictivo del problema, basta revisar el mapa que viene en la página 87, en el que se ubican 43 pueblos. Sería demasiado largo para los propósitos de esta reseña hablar de cada uno de ellos y de sus correspondientes reivindicaciones. Mencionaremos sólo a los pueblos bálticos, a los musulmanes, los caucásicos y los eslavos, categorías tratadas por la autora como principales entre las nacionalidades. Ninguno de los gobernantes de la URSS, y a juzgar por las medidas tomadas, ninguno de los de Rusia, fue capaz de dar solución al problema que creció “como hongo” con la *perestroika*.

Cabe señalar que otro personaje central de *Crónica de una desintegración*, y de la historia que cuenta, es Boris Yeltsin a quien Edit Antal identifica como la otra gran figura de la *perestroika*. Yeltsin se constituyó siempre como el “hermano enemigo” de Gorbachov, unas veces impulsor de las medidas tomadas por éste, otras radical oponente de ellas. Al final, Yeltsin fue quien mejor supo entender por dónde caminaban las aspiraciones de los rusos; también supo aprovechar la oportunidad que la historia le concedió para llegar a la presidencia. Ahora se enfrenta a los dilemas del futuro inmediato, aquél que ya está aquí.

Edit Antal ha escrito, parafraseando a Paul Kennedy, la historia de la caída de una gran potencia. Falta saber cuál es la nueva estructura económica, política y social que se instaurará en Rusia. Por lo pronto, sólo puede decirse que el sueño acabó, sin que aún tengamos a la mano una nueva utopía.

Pedro González Olvera

William Overholt, *China, the next economic superpower*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1993.

El impresionante desarrollo económico de la República Popular China durante los últimos años ha transformado radicalmente el panorama geopolítico de Asia y ha provocado nuevas interpretaciones respecto a los acomodos futuros de las relaciones de poder en la región. Mientras una buena parte de los analistas considera que Japón continuará siendo el país líder del bloque asiático, ha surgido